CAPÍTULO XIII. *De la muerte del bienaventurado fray Martín de Valencia*

ENTRE LAS MUCHAS REVELACIONES que el santo varón fray Martín tuvo, le fue también dado a entender que había de morir en el campo y no en cama; como él lo dijo a un siervo de Dios, llamado fray Antonio Ortiz, más de diez años antes de su muerte; mas no le fue revelado en qué manera. Porque aunque Dios da la inteligencia de una cosa, no es de manera que de ella se conozca todo lo que el hombre quisiera en ella, sino sólo aquella parte que a Dios place y ve que conviene para el intento, que tiene en esa misma cosa que revela; porque mueve a sus profetas de diversas maneras; unas veces les revela unos misterios perfectamente y otros imperfectamente, y no con todas las circunstancias que contiene la cosa revelada. Esto parece en el profeta Elías,[1] al cual pidió Eliseo que le fuese comunicado su espíritu doblado; al cual respondió Elías: Cosa dificultosa has pedido; pero concedérsete ha, si cuando Dios me aparte de tu compañía me vieres ir; pero si no, no. Donde se ve claro que sabía que se había de conceder lo primero y no se le comunicó lo segundo, ni lo supo; porque a saberlo también se lo dijera, o no le pusiera el inconveniente; y por no saber si le había de ver cuando fuese llevado, tampoco sabía de cierto (como dice el Tostado) si le había de ser comunicado el espíritu que pedía. También cuando después el mismo Eliseo mandó a Joás, rey de Israel, que vibrase el arco que tenía en sus manos y no pasó de tres veces, le dijo, condolido de su poca ventura: Si lo enarcaras cinco y seis veces y siete, otras tantas vencieras a los de Siria; pero no serán más de tres, pues en solas tres te cansaste.[2] De donde se colige que sabía Eliseo perfectamente que si Joás hiriera la tierra siempre, siempre venciera al rey de Siria hasta destruirla y asolarla toda; y así sabía que si cinco veces hiriera la tierra, cinco veces venciera, y si seis, seis; pero no sabía las veces que Joás la había de herir, y creía que serían tantas que bastasen a vencerla y destruirla; de manera, que le fue revelado lo uno y no lo otro. De esta misma manera le sucedió al santo fray Martín, que aunque le fue revelado no haber de morir en cama, ni en poblado, no le fue mostrado el modo de su muerte, ni el lugar donde había de ser; y él, entendiendo por esto que había de morir mártir, conforme a su deseo y a lo que a nuestro señor en sus oraciones cotidianamente pedía, procuró en España de pasar a tierra de moros. Por esta causa, cuando le mandó la obediencia venir a esta tierra de la Nueva España a la conversión de los naturales de ella, que eran infieles, vino con gran júbilo y alegría de su alma, pensando hallar aquí lo que tanto deseaba. Después, visto que no podía conseguir la palma de martirio entre estos indios, porque luego todos ellos, sin dificultad alguna, recibieron la fe y se

[1] 4. Reg. 2.
[2] 4. Reg. 1.

sujetaron a la doctrina de la iglesia, intentó de pasar a la China. Este fue un año antes de su muerte, que fue el de 1533, siendo custodio y prelado de los frailes de esta Nueva España, la segunda vez. Mas como no hubo efecto esta su ida (como atrás se dijo) dio la vuelta para Mexico, habiendo andado en este camino, de ida y vuelta, más de trecientas leguas, por los rodeos que llevó y por la distancia del camino y asperezas de él, llegó a Mexico muy fatigado y enfermo de una pierna. Con todo esto, por ser tiempo de Cuaresma y pasión, cuando vino nunca se pudo acabar con él, que se calzase unas sandalias, antes se anduvo descalzo y la pierna arrastrando y los pies corriendo sangre, alabando al Señor con más ansias y deseos de gozarle, que hasta entonces había tenido. Porque como aquella resplandeciente candela de su alma había estado alumbrando esta indiana iglesia, después que a ella vino en el candelero de su perfecta y penitente vida, vacando a la oración muy continuamente y dando olor de grande santidad a todos, ahora que se iba acabando daba más vivos y claros resplandores de santidad, diciendo con la esposa: Béseme Dios con el beso de su boca, porque ando desflaquecido con las ternuras de su santo amor. Y como cisne soberano, cuyo espíritu le decía que la vida se acababa, cantaba entonces a su Dios con voz interna de su alma, más suave y delicadamente que hasta entonces había cantado con David: Más vale, señor, un día de vuestra casa, que todos los que pasamos en esta vida mortal que vivimos. Y esto mismo había hecho antes, cuando padecía semejantes trabajos y enfermedades, con que siempre le visitaba el Señor. Y cuando padecía estas enfermedades, ninguno le vio curar con médico terreno, ni procurar medicinas humanas, poniendo toda su confianza en solas las celestiales y en sólo el verdadero médico Jesucristo, a ejemplo de la bienaventurada Santa Agueda, virgen y mártir.

En este camino último que hizo ganó mucho el varón de Dios de méritos y ganancias espirituales delante nuestro señor; porque allende del gran trabajo corporal fue la materia de darse más a Dios, con más ímpetu y fervor de espíritu. Y bien se pareció cuando vino de esta jornada que volvía otro nuevo hombre, no porque se hubiese trocado de malo en bueno, quien siempre fue bueno, sino porque venía revestido de nuevos afectos de amor de Dios, y muy más ejercitado en los actos de humildad y amor del prójimo, como decimos; y así lo mostraba por ejemplo de vida y de más profunda y perfecta humildad. En llegando a Mexico, mereció (según él lo deseaba) ser absuelto de la carga y oficio de prelado; porque luego como vino se cumplió el término de su trienio. Y tenido capítulo y electo otro en custodio, se fue a recoger al monasterio de Tlalmanalco. De este pueblo se iba algunas veces al oratorio, que antes había hecho en una cueva del monte de Amaquemeca, aunque no dejaba de trabajar en la doctrina de los indios, especialmente en su ejercicio de enseñar los niños. Mas fue poco tiempo el que allí estuvo; porque luego, año de 1534, le dio el mal de la muerte, que fue un dolor de costado.

Antes que le diese este mal, estando bueno, día de San Gabriel, dijo a su compañero: Ya se acaba. A lo cual preguntó su compañero: ¿Qué, pa-

dre? Calló el siervo de Dios y no respondió. De allí a poco tornó a decir: La cabeza me duele. Quién duda, si no que en esta ocasión oiría alguna palabra de Dios que le diría que ya era tiempo de ir a recibir el premio debido a sus buenas obras, que es el que se promete San Pablo, habiendo trabajado con fidelidad en su apostolado y ministerio, fiado de la palabra de Dios, que lo promete al que fielmente trabaja, y no dudo de que su ánima bendita recibiría en este día esta consolación; pues sabemos que más en estos tiempos que en los pasados se daba con mayor fervor y devoción a los ejercicios santos de la vida espiritual, como quien ya se anunciaba el fin de sus trabajos y premio que por ellos había de recibir en la bienaventuranza; y que oyendo alguna divina consolación, acerca de esto, diría al compañero: Ya se acaba. Como quien dice: mucho he deseado verme suelto de esta carne y gozarme con Cristo, que es el mismo deseo de San Pablo; y aunque tanto lo he deseado, no lo he conseguido; pero por la misericordia de Dios, ya llegan a colmo mis deseos y mi pena ya se acaba; y luego se sintió con calentura. Creciόle la enfermedad, por la cual le fue forzoso volverse con su compañero al convento de Tlalmanalco, y allí recibió los santos sacramentos. Y por ser el mal agudo, los compañeros acordaron de traerlo a la enfermería de Mexico. Puesto en camino y llegados con él al embarcadero de Ayotzinco, dos leguas de este dicho pueblo, lo metieron en una canoa para traerlo por la laguna. Mas apenas entró en ella cuando sintió ser la llegada la hora y mandóse sacar a tierra, para ponerse de rodillas. Estando así dijo a su compañero fray Antonio Ortiz (a quien muchos años antes había manifestado la revelación que no había de morir en cama): Hermano: *Fraudatus sum a desiderio meo.* Y volviéndose luego, por amor y deseo de su beatífica visión, a su criador, encomendándole su alma, le rindió el espíritu. De esta manera acabó el curso de su santa peregrinación este apostólico varón, las rodillas en tierra y los ojos vueltos al cielo, pudiendo decir con San Pablo: Nuestra conversión es en los cielos y gloriarse de que la pobreza, que tanto había amado en vida, la tuvo también en su muerte, pues la cama en que murió fue la tierra desnuda de que fue formado, y todo lo que en esta ocasión y discurso de su vida le faltó de bienes temporales le enriqueció Dios de los eternos de su gloria. Lo que este varón apostólico quiso decir en aquellas palabras: *Fraudatus sum a desiderio meo,* fue que quedaba defraudado de lo que deseó siempre su corazón, que era pasar de esta vida por martirio y que se había engañado en pensar que había de ver con sus ojos aquellas gentes de la China que el Señor le había mostrado en espíritu. Empero, no fue el varón santo engañado en la revelación, de que no había de morir en cama, pues murió en la tierra desnuda, puesto de rodillas sobre ella. Al punto que este siervo de Dios rendía el espíritu a su criador, llegó a suspenderle el cuerpo y tenerle la cabeza su íntimo amigo fray Antonio Ortiz, y recibiéndole en sus brazos se quedó difunto. Entonces se acordó fray Antonio, cómo estando entrambos en España, en la provincia de San Gabriel, antes que se ofreciese venir a las Indias, ni saber fray Antonio que por ordenación de Dios se les había de ofrecer ocasión de tan santa jornada, estando un

día el padre fray Martín tratando con el dicho fray Antonio cosas tocantes al provecho de sus almas, con un espíritu nuevo y voz que mostraba ser movida del Espíritu Santo, le había dicho el varón de Dios: Hermano fray Antonio, yo sé un fraile que de la otra parte del mar ha de morir en vuestros brazos. Lo cual vio fray Antonio cumplido en aquel punto, cuando vio al santo fray Martín rendido el espíritu en sus brazos y en el campo, como el santo había dicho a los frailes.

Volvieron los compañeros su cuerpo santo al monasterio de Tlalmanalco, y enterráronlo sin la prevención que suele haber con los semejantes cuerpos, no guardándole decoro de ponerlo en algún ataúd o caja, como reliquia que lo merecía, porque los frailes no lo advirtieron, o porque les pareció que más decía con su profunda humildad estar puesto sin ningún artificio en la desnuda tierra, que artificiosamente sepultado con pompa y aparato de los hombres, que se estiman en el mundo, cuyos cuerpos son metidos en cajas muy aforradas, como que allí no hubiese de llegar la corrupción y tras de ella los gusanos. Pero lo que yo más seguramente creo es que quiso Dios que aquellos frailes no pusiesen en caja aquel santo cuerpo, para que puesto en la tierra, en que fácilmente todos los demás se convierten, como por sentencia de Dios se lo dijo a nuestro padre Adán, se conociese, que era prenda suya, y que como tal la quería preservar de aquella corrupción; no porque esto sea circunstancia necesaria para la santidad (como en el Libro de San Aparicio dije, tratando de la incorruptibilidad de su cuerpo, a lo cual me remito) pero eslo para que se entienda que Dios, que lo guarda sin corrupción, se pagó mucho de su ánima, y que la tiene gozando de sus celestiales bienes. De esta manera quedó aquel santo cuerpo por entonces; pero luego se supo su muerte en toda la provincia, y el custodio, que le sucedió en el oficio, vino luego al pueblo de Tlalmanalco; y sabiendo que lo habían enterrado, sin más prevención que a los otros, mandó abrir la sepultura, y vieron el santo cuerpo, con tan linda disposición, como si estuviera vivo, que no debió de creerlo menos el custodio, pues hizo abrir el sepulcro. Mandó hacer una caja, y metido en ella, lo volvieron a enterrar; y por ser el difunto muy devoto del glorioso San Miguel, dijo la misa en este segundo entierro del glorioso Arcángel. Pusieron encima de la sepultura una lápida grande, y en ella escrito su nombre.

Luego comenzó Dios a hacer estimación de la santidad de este venerable varón, y la dio a conocer a los hombres; porque en esta ocasión afirmó una persona devota, que vio, desde que se comenzó la gloria hasta que el sacerdote consumió, al santo fray Martín estar levantado ante su sepultura, con su hábito, y cuerda, y las manos compuestas, y metidas en las mangas como lo usan los frailes, y los ojos bajos, como se cuenta de San Luis Obispo.

Tanto amor, y celo tuvo a la santa pobreza, que aun después de muerto, en su sepultura la quiso guardar. Porque quitándole del ataúd una tabla vieja, y poniéndole otra nueva pintada, por devoción de un fraile, fueron oídos en la sepultura grandes ruidos, hasta que le tornaron a poner la tabla vieja, y quitaron la nueva, que era curiosa: caso cierto muy de considerar,

y que obliga a admirarnos de los juicios de Dios, y a que no escudriñemos sus altas maravillas.

CAPÍTULO XIV. *De cómo se perdió el cuerpo de el varón de Dios fray Martín de Valencia, habiendo permanecido entero por más de treinta años después de su santa muerte*

OSA COMÚN Y ORDINARIA ES A TODOS LOS HOMBRES que descienden de la Masa de Adán, y son comprehendidos en el pecado original, la corrupción de los cuerpos; porque como el mismo Dios se lo dijo, era tierra, y en tierra se había de convertir: y esta herencia, que fue vínculo triste de aquel desastrado mayorazgo, ha venido corriendo por todos los siglos del mundo, y correrá hasta que se acabe: de manera, que corromperse los cuerpos, y convertirse en la nada que fueron formados, es cosa natural, y forzosa. Y esto es lo que pide Cristo Señor Nuestro a su padre eterno: No darás, señor, a tu santo, que vea la corrupción: No se convertirá (dice) mi cuerpo en polvo, ni ceniza en mi muerte; porque por particular privilegio, y gracia, se conservará entero hasta el tercero día de mi resurrección. De manera que cuando un cuerpo difunto se conserva por algún tiempo entero, y sin corrupción, como no intervengan remedios humanos, se ha de tener por cierto que es con particular providencia de Dios, porque éste es don de gracia, y no de naturaleza, que aunque fuera en la íntegra, y pura, antes de la comisión del pecado, era el hombre corruptible, y mortal, aunque esta potencia de morir, como dice Escoto, no se tradujera a acto. Pues esta circunstancia de conservarse los cuerpos enteros, y sin corrupción, es prueba de grande santidad porque por particular privilegio los conserva Dios, haciéndolos dignos de este beneficio, sacándolos del paso ordinario con que siguen su camino todos los demás hombres, dando Dios a entender por este modo, que como excedieron a otros en vida también se les aventajaron en muerte. La verdad de este caso, dejando lo común que a todos en general sucede, tenemos en el que cuenta San Gregorio del Santo Obispo de Perusa, llamado Herculano, que siéndole cortada la cabeza, por mandamiento del rey Totila, y echada con su santo cuerpo de los muros de la ciudad abajo, recogieron estas santas reliquias unos devotos suyos, y juntando la cabeza al cuerpo, lo enterraron, y juntamente enterraron en su sepulcro el cuerpo de un muchacho que también hallaron muerto junto al muro; fue esto en el asalto, que dio este rey a esta ciudad, por cuyo miedo, y por grandes hambres, que los ciudanos padecían, se habían auyentado muchos. Pero vueltos los más, y buscando algunos este santo tesoro para darle mejor y más decente sepultura, cuando cavaron, y descubrieron los cuerpos, hallaron el del muchacho podrido, y lleno de gusanos, por haber ya cuarenta días que era muerto y enterrado, y el de el Santo Obispo, no sólo no estaba con corrupción alguna, pero por par-